

Horizontes despejados

Ha llegado el tiempo en que el azul de nuestro cielo toma intensidad con una nitidez encantadora. El mar se hermana con esta transformación y también va tomando caracteres que recuerdan la aproximación del invierno. En tanto que las colinas que circundan la ciudad van perfilándose cada vez más claras, dando la impresión de que se vienen hacia nosotros.

Y en verdad algo hay de ello. Algo hay de aproximación. El mar disputó a las cumbres la preferencia de todos nosotros en estos meses de verano. Mas, ahora, es llegado el momento de la lejana colina con su llamada.

El seco viento del Norte, que durante todo este tiempo estuvo ausente de la escena aparece ya en ella, y despojando a aquella del hábito estival que la cubría, nos la presenta en toda su acogedora quietud. El tranquilo andariego volverá a recorrer todos sus caminos, sus veredas, igual que en años anteriores. Serán las mismas huellas que dejara marcadas en otras caminatas.

Los horizontes despejados, la colina tranquila y acogedora volverán a moderar el espíritu intranquilo del ciudadano cansado por la agitación veraniega. Será el mejor sedante a su alteración, puesto que nada mejor que saberse encontrar con la naturaleza.

Luego, también, ninguna otra preparación como el encontrarse con la montaña, en preparación para la llegada de las fiestas navideñas.

De estas fiestas, cuyo origen conoció del cierzo helado de los caminos, de pastores humildes, de reyes poderosos siguiendo la ruta de bosques y montañas, para terminar en un humilde establo.

Clara como aquella noche única de Belén serán los caminos que recorrerán en este otoño muchos de nuestros andariegos.

Áncora

SAN FELIÚ DE GUIXOLS 10 DE OCTUBRE 1957 - NÚM. 502 - AÑO X

Algo hay que nunca muere



Hace pocos días apareció en los diarios una de aquellas noticias resortes capaces de hacer vibrar el alma popular hasta el frenesí del sentimentalismo.

En la Coruña fué raptado un niño en plena calle de una manera bien sencilla y vulgar.

Al propagarse el hecho en la capital gallega, y las circunstancias misteriosas que rodeaban la desaparición de la inocente criatura, sin rastro alguno que indujera a hallar su paradero, produjo una ola de solidaridad colectiva, de espontánea afección hacia el niño y sus atribulados padres.

Empezaron a llegar inmediatamente al hogar del infortunado Pepito Mendoza llamadas telefónicas, cartas y visitas de desconocidos interesándose por su desgracia, cual si se hubiera tratado de un ser apegado a ellos por lazos íntimos largo tiempo trabados. Una verdadera sicosis emotiva se apoderó de toda la población gallega, y no quedó lugar de trabajo, de estudio o de esparcimiento donde el tema principal, único, de la conversación no fuera el de aquel infausto suceso.

Tanto aumentó el grado de apasionamiento que se formaron espontáneas manifestaciones de protesta contra los incógnitos secuestradores y de adhesión a los familiares de la víctima por la pena que les afectaba. Y no sólo fueron los coruñeses los conmovidos por la desgracia que, al tener conocimiento de ella, en todo el ámbito nacional cundió la expresión de repulsa hacia los autores de la posible tragedia.

Afortunadamente el desenlace fué feliz y

renació la alegría en el hogar de los Mendoza, desvaneciéndose el nubarrón de malos presagios que por espacio de tres días lo tuvo envuelto. El niño reapareció sano y salvo y sólo a los agentes de la justicia quedó por esclarecer quienes fueron los delincuentes y los móviles de su indigna acción.

Una cosa ha quedado también nuevamente demostrada. Y es que cuando la desgracia se cierne sobre un ser inocente e indefenso el corazón del pueblo palpita de indignación y de amor a la vez. De indignación por la injusticia cometida y de amor por el ser sobre quien ha recaído el mal.

Porque esto que comentamos no es un fenómeno aislado, esporádico, del general sentir colectivo. Son varios los casos de la misma naturaleza registrados en las páginas de los periódicos en el transcurrir de los años. De vez en cuando nos enteramos de otros casos parecidos, en que la víctima es una inocente criatura. Y en todos ellos siempre se produce la misma reacción en el público: una unánime expresión de solidaridad hacia el desvalido y la familia cuyo hogar se ve fulminado por el rayo de la tragedia.

Para los escépticos que no creen en la permanencia de la bondad humana, los que solo ven malevolencia y crueldad en torno al mundo que nos rodea deberían estos episodios ser una clara lección de como no está extinguido en el corazón de la humanidad contemporánea el amor hacia sus semejantes, que a pesar de los desvíos y las perversiones que malogran a veces los más nobles designios de los hombres de hoy persiste y triunfa siempre finalmente el espíritu de solidaridad en el género humano.

Aquella cita evangélica de que la fe mueve las montañas no puede perder vigencia por el simple hecho de que tropecemos en nuestros buenos propósitos con unos granos de arena, o con grandes piedras, si se quiere.